

Errores de  
este cono-  
cimiento.

y la culpa, y obscurecida esta verdad con otros errores: sobre cuyo presupuesto enterraban con los difuntos cantidad de oro y plata para los gastos del viaje, que consideraban largo y trabajoso. Mataban algunos de sus criados para que los acompañasen: y era fineza ordinaria en las mugeres propias celebrar con su muerte las exêquias del marido. Los Príncipes necesitaban de gran sepultura, porque se llevaban tras sí la mayor parte de sus riquezas y familia: uno y otro correspondiente á su grandeza, llenos los oficios de la casa, y algunos lisonjeros que padecian el engaño de su misma profesion. Los cuerpos se llevaban á los templos con solemnidad y acompañamiento, donde los salian á recibir aquellos que llamaban sacerdotes con sus braserillos de copál, cantando al son de flautas roncas y destempladas diferentes himnos y versos fúnebres en tono melancólico. Levantaban repetidas veces en alto el ataud mientras duraba el sacrificio voluntario de aquellos miserables que introducian en el alma la servidumbre. Funcion de notable variedad, compuesta de abusiones ridículas, y atrocidades lastimosas.

Sus matri-  
monios.

Sus matrimonios tenian su forma de contrato, y sus ceremonias de religion. Hechos los tratados, comparecian ambos contrayentes en el templo, y uno de los sacerdotes exâminaba su voluntad con preguntas rituales; y despues tomaba con una mano el velo de

la muger, y con otra el manto del marido, y los añudaba por los extremos, significando el vínculo interior de las dos voluntades. Con este género de yugonupcial volvian á su casa en compañía del mismo sacerdote: donde, imitando la supersticion de los dioses Lares, entraban á visitar el fuego doméstico, que á su parecer, mediaban en la paz de los casados, y daban siete vueltas á él siguiendo al sacerdote: con cuya diligencia, y la de sentarse despues á recibir el calor de conformidad, quedaba perfecto el matrimonio. Hacia memoria con instrumento público de los bienes dotales que llevaba la muger: y el marido quedaba obligado á restituirlos en caso de apartarse; lo qual sucedia muchas veces, y se tenia por bastante causa para el divorcio que se conformasen los dos: pleyto en que no entraban las leyes, porque se juzgaban los que se conocian. Quedábase con las hijas la muger, llevandose los hijos el marido; y una vez disuelto el matrimonio, tenian pena de la vida irremisible si se volvian á juntar: siendo en su natural inconstancia la unica dificultad de los repudios el peligro de la reincidencia. Zelaban como punto de honra la honestidad y el recato de las mugeres propias, y entre aquella desordenada licencia, con que se daban al vicio de la sensualidad, se aborrecia y castigaba con rigor el adulterio, no tanto por su deformidad, como por sus inconvenientes.

Dotes de las  
mugeres.

Sus divor-  
cios.

Zelaban la  
honestidad  
de las mu-  
geres.

Llevabanse  
al templo  
los recién  
nacidos.

Llevabanse á los templos con solemnidad los niños recién nacidos, y los sacerdotes los recibían con ciertas amonestaciones, en que les notificaban los trabajos á que nacían. Aplicábanles, si eran nobles, á la mano derecha una espada, y al brazo izquierdo un escudo, que tenían para este ministerio: si eran plebeyos, hacían la misma diligencia con algunos instrumentos de los oficios mecánicos; y las hembras de una y otra calidad empuñaban la rueca y el uso, manifestando á cada uno el género de fatiga con que le aguardaba su destino. Hecha esta primera ceremonia, los llevaban cerca del altar, y con espigas de maguey, ó con lancetas de pedernal les sacaban alguna sangre de las partes de la generación, y después les echaban agua, ó los bañaban con otras imprecaciones. En que parece quiso el demonio, inventor de aquellos ritos, imitar el bautismo y la circuncisión con la misma soberbia que intentó contrahacer otras ceremonias, y hasta los otros Sacramentos de la Religión Católica, pues introdujo entre aquellos bárbaros la confesión de los pecados, dándoles á entender que se ponían con ella en gracia de sus dioses, y un género de comunión ridícula, que ministraban los sacerdotes ciertos días del año, repartiendo en pequeños bocados un ídolo de harina masada con miel, que llamaban dios de la penitencia. Ordenó también sus jubileos, instituyó las procesiones, los incensarios y otros reme-

Remeda el  
demonio el  
bautismo y  
la circuncisión.

La confesión de los  
pecados,

y un género de comunión abominable.

dos del verdadero culto, hasta disponer que se llamasen Papas en aquella lengua los sumos sacerdotes. En que se conoce que le costaba particular estudio esta imitación; fuese por abusar de las ceremonias sacrosantas mezclándolas con sus abominaciones, ó porque no sabe arrepentirse de aspirar con este género de afectaciones á la semejanza del Altísimo.

Los demás ritos y ceremonias de aquella miserable gentilidad eran horribles á la razón y á la naturaleza: bestialidades, absurdos y locuras, que parecieran incompatibles con las demás atenciones que se han notado en su gobierno, sinó estuvieran llenas las historias de semejantes engaños de la humana capacidad en otras naciones que vivían más dentro del mundo, igualmente ciegas en menor obscuridad. Los sacrificios de sangre humana empezaron casi con la idolatría: y siglos antes los introdujo el demonio entre aquellas gentes, de quien vino hasta los Israelitas el sacrificar sus hijos á las esculturas de Canaan. El horror de comerse los hombres á los hombres se vió primero en otros bárbaros de nuestro emisferio, como lo confiesa entre sus antigüedades la Galacia, y en sus antropófagos la Scitia. Los leños adorados como dioses, las supersticiones, los agüeros, los furores de los sacerdotes, la comunicación con el demonio en sus oráculos, y otros absurdos de igual abominación, se hallan admitidos y venerados por otros gentiles que

Otros remedos de los Cristianos.

Semejantes abominaciones

entre los Gentiles de la antigüedad.

supieron discurrir y obrar con acierto en lo moral y político. Grecia y Roma desatinaron en la religion, y en lo demás dieron leyes al mundo, y exemplos á la posteridad. De que se conoce la corta jurisdiccion del entendimiento humano, que vuela poco sobre las noticias que recibe de los sentidos y de las experiencias, quando falta en él aquella luz participada con que se descubre la esencia de la verdad. Era la religion de los Mexicanos un compuesto abominable de todos los errores y atrocidades que recibió en diferentes partes la gentilidad. Dexamos de referir por menor las circunstancias de sus festividades y sacrificios, sus ceremonias, hechicerías y supersticiones, porque se hallan á cada paso, y con prolixa repeticion en las Historias de las Indias; y porque, á nuestro parecer, sobre ser materia en que se puede confesar el rezelo de la pluma, es leccion poco necesaria, en que falta la dulzura, y está lejos la utilidad.

Errores  
del enten-  
dimiento  
humano.

## CAPITULO XVIII.

*CONTINÚA MOTEZUMA SUS agasajos y dádivas á los Españoles. Llegan cartas de la Vera Cruz con noticia de la batalla en que murió Juan de Escalante; y con este motivo se resuelve la prision de Motezuma.*

Observaban los Españoles todas estas novedades, no sin grande admiracion, aunque procuraban reprimirla y disimularla, costandoles cuidado el apartarla del semblante, por mantener la superioridad que afectaban entre aquellos Indios. Los primeros dias se ocuparon en varios entretenimientos. Hicieron los Mexicanos vistosa ostentacion de todas sus habilidades, con deseo de festejar á los forasteros, y no sin ambicion de parecer diestros en el manejo de sus armas, y agiles en los demás ejercicios. Motezuma fomentaba los espectáculos y regocijos, depuesta la magestad contra el estílo de su elevacion. Llevaba siempre consigo á Cortés, asistido de sus Capitanes: tratabale con un género de humanidad respectiva, que parecia monstruosa en su natural, y daba estimacion á los Españoles entre los que le conocian. Freqüentabanse las visitas, unas veces Cortés en el palacio, y otras Motezuma en el alojamiento. No acababa de admirar las cosas de España, considerandola como

Motezuma  
festeja á los  
Españoles.

Llevaba  
consigo á  
Cortés.

Admiraba  
las noticias  
de España.